



Sobre Humanos y Derechos

..... José Guillermo Ánjel R¹¹

En Argentina somos derechos y humanos
Eslogan de la dictadura de Rafael Videla

Se drogan los que tienen miedo de vivir.
Se arman los que tienen miedo de morir
Eduardo Galeano

Una persona decente sabe que pierde la vergüenza
cuando se siente superior a otro
Arno Schmidt

Para comenzar, lo primero que hace humano a un hombre o una mujer es una cuchara. Esta frase la tomo de Primo Levi y de su libro *Si es esto un hombre*. Una cuchara, usarla para comer, es lo que nos diferencia de un animal que come metiendo el hocico en la presa que devora o en el agua que bebe. Y esta cuchara es el inicio de lo humano, que es lo que nos dice que no somos animales. Perdida la cuchara, negada la cuchara, se pierde la humanidad, el

11 Lección inaugural UNAULA. 4 de julio de 2013, Maestría de Derechos Humanos. Universidad Autónoma Latinoamericana.

nombre, la capacidad de escogencia y el uso de la mano. Y sin lo anterior, ya uno no es humano. Es un animal más.

Así que el primer derecho fundamental que nos asiste a todos es ser humanos. Un derecho que nos debe ser otorgado y enseñado para dar pie a un segundo derecho, defendido por Peter Singer, el filósofo australiano: no sentir dolor, que no solo compete a hombres y mujeres sino a cualquier ser vivo.

La palabra humano, que viene de *humanitas*, al igual que la palabra amor, nos parecen palabras simples y por ello creemos que entendemos su contenido. Si yo le pregunto a alguien si es humano, él me responderá: ¡claro que soy humano! Y lo dirá porque confunde la palabra humano con la palabra hombre o mujer. Pero hombre o mujer son géneros de la especie homínida y serlo implica tener el derecho a ser humano pero no por el solo hecho de no tener pelo cerrado sobre la piel ni caminar en cuatro patas ni acreditar hocico.

Lo humano no es una característica, como a veces plantean las religiones que ven en los homínidos una semejanza con la divinidad, dejando al hombre y la mujer en la creencia de que la libertad es anarquía, la sociedad un asunto de meros intereses y la vida un azar. No; lo humano ha sido una construcción que se inicia antes del neolítico (el hombre en rebaño) y no se concluye, pues aquello que es humano toca siempre con el presente y no nace con nosotros (que al nacer somos *tábula rasa*) sino que hay que enseñarlo y anexarlo a las costumbres morales, que son aquellas que se tienen como buenas porque no causan dolor ni excluyen al otro.

A lo largo de la historia la humanidad ha sido un asunto de la *polis* (de donde se desprenden la palabra política y policía), en tanto que allí se reúne lo diverso (jerarquías, oficios, familias, comunidades, intercambios económicos, saberes y aprendizajes). De aquí que la *polis*, como sostiene Aristóteles, sea un lugar seguro pues allí, en términos de Baruj Spinoza, nada es más útil a un hombre que otro hombre. O, como dice Antoine de Saint-Exupéry, en *Tierra de hombres*, solo sé que yo existo, en cuestión de obligaciones y derechos, cuando tengo a otro en frente mío. Si el otro no está, pierdo toda referencia sobre mí. Si no hay encuentro, no hay realidad, pues esta (que es darle el debido sentido a las cosas y los acontecimientos) solo es posible de construir entre dos o más.

Pero de lo humano no solo tenemos una percepción (como comenzó siendo cuando estábamos en estado de naturaleza, cuando cedimos egoísmo por seguridad) sino una historia. Y como la historia se fundamenta en documentos y en rastros físicos (orfebrería, cerámica, construcción), el primer escrito

sobre lo humano aparece cuando Caín mata a Abel. Y este relato, que si bien es un mito hebreo, habla ya de la pérdida de humanidad: Caín mata a su hermano y queda en estado de soledad y miedo. Ese asesinato, que se ha dado por envidia, destruye en Caín su seguridad en el mundo. Y tiene que huir en la creencia de que huyendo, no percibiendo el mundo, puede liberarse de haber destruido un derecho, que es el de la vida: la única opción posible para ser nosotros en la tierra. Así, matar implica acabar con todos los posibles derechos. Erich Hackl, escritor austriaco, sostiene que la muerte no se define en la forma en que se da sino en lo que se pierde cuando alguien mata a otro. En su novela, *Adiós a Sidonie* (la historia de una pequeña gitana en tiempos del nazismo), presumimos cómo mataron a Sidonie y quizá nos alarmamos al saber que haya sido de hambre o por gas. Pero apenas si nos preguntamos de lo que mataron en la niña, de la que solo quedó, como rastro, una muñeca. Qué ilusiones mataron, qué paisajes por recorren, qué años que nunca cumplió y en los que pudo ser alguien útil a la sociedad, qué hijos que nunca llegaron, qué conocimiento que nunca obtuvo.

La vida entonces, que es un derecho para volvernos humanos, al ser irrespetada, anula los demás derechos, los deja en potencia pero no les permite el acto. Y en esta carencia de acto se pierde el posible valor para mejorar la vida. Porque el acto, al estar mediado por la razón y resultar positivo, como dice Spinoza, se convierte en un valor, que es un referente moral, es decir, un logro, un no dolor, un acierto en estar vivo.

Entender la vida, lo que en ella se contiene y de lo que podemos dar razón (cosa que no hacen los animales) desde que nacemos hasta que morimos, es la mejor de todas las costumbres. Por ello la vida es un aprendizaje entre varios. No es un hecho particular sino una relación con los otros y con lo otro, un encuentro que legitima un nosotros, que es donde existen los derechos y los deberes. Y lo humano, que solo es una apropiación del nosotros y no del yo, es un asunto de reconocimiento. Y si bien el yo, al que se le dio tanta importancia en el siglo XX, es un saber que soy un objeto en un espacio, realmente no existe como humano. El yo es un compuesto de otros que me asignaron un lenguaje, una cultura, unos valores, unos principios, unas formas económicas de desempeño y unas respuestas de sexualidad para tener un reemplazo en la tierra. Yo solo, como decía Sigmund Freud, no existo. Y si digo que existo es porque estoy inmerso en un nosotros del que hago parte y que me da seguridad en tanto que me incluye y hace partícipe de lo común, que es eso que nos crea relaciones en la comunidad. O lo que me da presencia en roles diversos que me permiten estar bien y vivo. Esto de las presencias,

que lo trabajó Fernando González Ochoa, es lo que nos permite el viaje (que sería la vida) y el encuentro, que es el aprender y, el saber, da como resultado la pérdida del miedo. Porque los derechos (y como consecuencia los deberes) solo se adquieren en el no-miedo, es decir, en la certidumbre de estar bien al interior del nosotros que construye. Y hago hincapié en la palabra construir, porque la construcción (en todos los sentidos: moral, política, económica, física, intelectual) es la evidencia de que estamos vivos y vale la pena estarlo.

Voltaire, el filósofo francés (a pesar de lo irónico y cínico), estableció como momentos grandes de la humanidad la Atenas de Pericles, la Roma de Augusto, la Florencia de la familia Medicis y el París de Luis XIV (otros autores anexan la Viena del siglo XIX y la Nueva York de 1960). La Atenas de Pericles (siglo V antes de esta era) porque allí floreció la filosofía (Platón, Aristóteles, Epicuro) la poesía, el teatro (Esquilo, Eurípides, Sófocles, Menandro, Aristófanes), la escultura y la democracia, que si bien se daba solo entre hombres libres, produce a un filósofo como Sócrates, capaz de aceptar la muerte como respeto a las leyes y no a sus propios intereses. En esta Atenas de Pericles, a través de los diálogos y las representaciones, se inserta lo humano y se construye inteligencia, dando como principio básico a la condición humana el lenguaje, que es el que propicia que las cosas existan, como decía Filón de Alejandría. Porque el mundo (como admite la filosofía occidental) es un compuesto del lenguaje y según hablemos y las palabras que usemos, así es el contexto en el que vivimos y el mundo que logramos entender. De aquí la importancia de un diálogo como *Cratilo*, en el que Platón nos enseña a nombrar y definir, a saber qué hay y la consecuencia de eso que hay. Somos en el lenguaje y saber hablar y tener la palabra adecuada para nombrar nos sitúa en el mundo y frente al otro. Así que si la vida es un derecho inalienable, también es un derecho de igual magnitud saber hablar, pues de ello depende nuestra relación con los otros y con el entorno. Y si me preguntaran que libro es mejor, la Biblia o un diccionario, me inclinaría por este último, pues contiene todas las palabras y sus definiciones, lo que significa la cosa y lo que se puede aprender de ella. Pasa igual con una enciclopedia, que enseña qué es la tierra y qué ha hecho el hombre sobre ella.

En la Roma de Augusto, fortalecida por las concepciones de derecho de Cicerón, entendiendo el derecho como las normas (las costumbres debidas) que hacen posible una vida buena, lo humano se establece con base en la belleza, que no es un subjetivismo frente a la cosa, sino el orden debido para que cada objeto y sujeto sea reconocido, situado y tomado como referente. Lo bello es un ordenamiento que permite identificar y no perderse. La

norma es lo bello, en tanto que lleva a que hagamos las cosas con el mínimo de error. Y esa norma no es una creación sino una suma de experiencias que nos dicen cómo evitar el error. Entonces, es un derecho acceder a lo bello y a la norma para ser libres, entendiendo por libertad mejorar lo que hacemos para no quedar esclavizados de lo que hacemos, como decía Hegel. Y solo mejoramos cuando ordenamos lo que hay a nuestro alrededor, sean criterios, cosas, saberes, leyes y relaciones. Y esto fue lo que intentó Octaviano, llamado después Augusto, porque en su gobierno florecieron la literatura (Virgilio, Horacio, Ovidio), la historia (Tito Livio), la ingeniería, la física (de *Rerum Natura* de Lucrecio), la arquitectura como espacio habitable (Vitruvio), las instituciones de la República, el saber práctico de las gentes y el sentido claro de ser romanos, es decir, de entrar en un nosotros para tener un lugar en la tierra y entender el mundo a partir de ahí. Y si bien los romanos invadieron y mataron, salaron ciudades para que nunca más fueran reconstruidas, esclavizaron y señalaron a sus enemigos como bárbaros, es claro que trataron de romanizar el mayor número de provincias para que el derecho las cobijara en condiciones de igualdad con Roma.

En el siglo XV, la familia Medicis (de la cual son famosos Catalina y su médico Nostradamus), crea la palabra humanismo y la aplica en la construcción y manejo de Florencia, ciudad en la que aparece el Renacimiento. Y por humanismo entienden las mejores costumbres de Grecia y Roma: saber hablar y escribir, amar el arte, ser útiles en la creación de individuos y construcciones, entender la institución (el fundamento del Estado) por encima de los hombres y aprender a comer y a vestir como es debido para no parecerse a los animales. Sin saberlo o sabiéndolo (como luego lo hizo también Luis XIV), aplicaron muy bien ese mandamiento, el primero de todos, que Dios le impuso a Noé: No comerás carne con sangre, o sea, no harás lo del animal que come y encharca su hocico con la sangre de su víctima, que devora y solo traga, que obedece a un instinto y no a un refinamiento del gusto. Ya, en el siglo XX, Octavio Paz, el escritor mexicano, dirá, en *Mesa y Harmonía*, que somos lo que comemos y nos dibujamos en la manera de comer. Así, uno de mis derechos es saber comer y cocinar, lo que implica elegir y transformar, sentirme útil y ejercer los sentidos en lo mejor que se puede lograr de ellos: ver, oler, oír, degustar y tocar la belleza. Y hacerlo en una mesa de comedor para que haya conciencia del otro, del comportamiento y de la vida, porque comemos para seguir vivos, nosotros y los otros.

Luis XIV, famoso por la frase “L’État, c’est moi” (en donde, siguiendo las enseñanzas de Copérnico y Kepler, él se consideraba el sol y los demás los

planetas), establece la etiqueta (el buen comportamiento) y el ejemplo, la luz a los demás, como principio moral. Y si esto de la etiqueta nos parece una frivolidad barroca y propia de los delirios de un rey al que sus cortesanos (aplicándole el síndrome de Lampedusa, el cambio de la realidad por mentiras) le hacen creer que es Apolo, lo cierto es que contiene un derecho: el de que los otros me vean bien, que me admitan y no sea objeto de exclusión. Lo bello no sólo es un asunto externo, también debe provenir de mí. Yo debo agradar a los sentidos del otro para que vea en mí una luz y no una sombra, un igual y no un obstáculo, un sujeto de razón y no una contradicción.

El siglo XVII es el siglo de la razón, el paso del teocentrismo al antropocentrismo, el de la filosofía cartesiana y de Spinoza (centradas en la geometría) y en la de Leibniz, que crea el cálculo diferencial. Es un siglo de matemáticos que luego, en el XVIII, serán los autores de la Enciclopedia. Y la geometría, que es la manera más idónea de ver algo logrando de lo que se grafica sus mejores posibilidades, lleva a que Spinoza escriba *Ethica more geométrica* (la ética según la costumbre de los geómetras) y allí establezca que para ser libre se deben tener ideas adecuadas, acordes con el mundo y no con la servidumbre a ideas que no pueden ser demostradas. Ya en el *Tra-tado Teológico-Político* había demostrado que la religión es un aparato construido para hacer obedecer y, que antes que fundamentarse en un orden del mundo y las ideas, lo hace a través del miedo y la ignorancia. Ser libre no es posible si se sufre, si las pasiones son tristes y el conocimiento se mengua. Con anterioridad, René Descartes, en su geometría, había descubierto que reconociendo el estado de realidad (en donde estamos y lo que somos en el tiempo) y nuestros logros, podemos (mediante un análisis racional) proyectarnos hacia adelante. La dimensión depende de saber qué somos, qué nos falta por saber, dónde estamos y con quién o qué nos conectamos. Mirando lo que se denomina el *corpus* cartesiano (entendiendo las coordenadas) tengo derecho a ser racional, a saber quién soy, dónde estoy, con quién debo conectarme y cuáles son mis dimensiones en la medida en que avanzo. La razón, esa diosa que los revolucionarios franceses adoraron en la capilla que antes fue de Santa Genoveva (la patrona de París), lo que los llevó a toda clase de delirios, es un símbolo y, a la vez, una realidad, un derecho a ser ilustrado. Y aunque la razón exagerada (la ilustración desmedida y sin normas) termina siendo un fracaso, pues creó lo que sucedió en los campos de exterminio nazi y eso que después llamamos postmodernidad, la razón en su debida medida (identificarme en mis posibilidades dentro del nosotros) es un compuesto de humanidad. Y tengo derecho a ella para no tener miedo en el mundo.

Lo humano, entonces, es una construcción racional, al igual que la razón también es un constructo que se basa en los saberes acumulados (de aquí que los egipcios adoraran a sus muertos) y admitidos como conocimiento y un saber hacer en la tierra. Lo racional no es el hoy sino los aciertos del antes, las experiencias habidas y que podemos (y debemos) confrontar con el momento actual. Y es con base en razones anteriores que nos hacemos racionales, que adquirimos las herramientas y medimos el alcance de lo que hacemos. Y aclaro, nadie nace racional sino que le transmiten una racionalidad, una forma de estar y construir en la tierra. Y esa racionalidad, a la que aspiro como derecho, debe ser la mejor de todas, la que haya logrado los resultados más acordes a vivir sin miedo. Y en este punto es bueno recordar la esencia de la filosofía norteamericana (que parece que ellos ya olvidaron): la lógica de una verdad no es su exposición sino los resultados obtenidos. Si el resultado es miedo, el hombre se animaliza pues supervive y en esa supervivencia es capaz de hacer lo que sea con tal de vivir un momento más, como bien lo explica Curzio Malaparte en su novela *La piel*. Pero si el resultado es paz, esa verdad es un derecho acceder porque permite vivir y tener un lugar en el que el futuro existe. Y ese futuro no es individual sino colectivo, dado que solo en comunidad nos reconocemos y nos humanizamos cumpliendo con nuestros deberes, palabra esta que no significa una manera de explotar al otro sino de reconocer en el otro lo que sabe hacer.

Hoy, cuando buscamos que se cumplan los derechos (lo que a veces nos coloca en la edad de la inocencia, pues cuando solo se ve un extremo perdemos la noción del contexto) hemos perdido la dimensión del deber, que es una proyección de lo racional y lo humano, el resultado del estar vivos y con conciencia de ello. Pero pareciera que no sabemos que estamos vivos (como los animales) y nos damos al reclamo derechos que pueden ser negados (pues en la represión y en la ausencia está el dominio) y no deberes, que son fundamentales para poder seguir estando vivos y en orden, y que no pueden ser negados porque, de serlo, desapareceríamos como especie. Yo tengo el deber de aprender, para no perderme en el mundo. Tengo el deber de trabajar porque necesito sentirme útil y ser reconocido por los demás. Tengo el deber de saber vivir para no producirme dolor ni producirse a otros. Tengo el deber de reproducirme para no desaparecer como especie. Tengo el deber de saber quién es el otro y aprender de él. Tengo el deber de tener una casa para sentirme en un espacio en la tierra. Tengo el deber de hacer muchas cosas, pero no me dejan. Y no me dejan porque no me han enseñado a cumplir con estos deberes, que son la base de mis derechos.

Hoy en día se habla mucho de patria (argumento muy usado por los totalitarismos para legitimarse, como bien explica Hanna Arendt) y quieren que entendamos que patria es un territorio, unas montañas, unos valles y unos ríos. Pero eso no es una patria, es un territorio que solo defenderé si en ella han hecho posible que yo ejerza mis derechos y pueda cumplir con mis deberes de manera debida. La patria, que los alemanes y los suizos nombran *Heimat*, es aquel lugar donde estar vivo es bueno, pues allí tengo humanidad, racionalidad y futuro para los míos, que no son solo mi familia sino esos otros que nos permiten vivir en condiciones de dignidad. La condición del otro, su participación en el nosotros (sea a través del buen cumplimiento de sus oficios o de la guía debida para que la sociedad no se desordene), prefiguran mi patria. Y si bien esto suena a romanticismo o a ideología afrikáner, es claro que la patria es lo que se columbra (término de Azorín) como bueno pues allí el miedo no existe. Es linda una patria así, en el que los días transcurren inmersos en humanidad, logrando de estar vivos lo mejor.

Pero el miedo existe y a más de ser una realidad es un negocio que se extiende sin control alguno, como una de esas pestes medievales en las que, debido a tantos muertos y fantasmas, se acuñó la frase aquella de comamos y bebamos que mañana moriremos. Y de las que Bocaccio da fe en el primer capítulo de *El Decamerón* (allí habla de la peste en Florencia), estableciendo que cuando la comunidad se muere aparece la individualidad (los que se esconden) y las formas más pícaras de vida, en las que el engaño es el patrón de intercambio entre quienes quedan vivos. Y esto se reproduce ahora y no es para más: somos sobrevivientes del siglo más peligroso y cruel de la historia: el XX. Quizá por ese miedo a desaparecer, por ese miedo intenso al otro (e incluso a seres que imaginamos como son los extraterrestres o las máquinas supuestamente pensantes) nos hayamos duplicado en población en cosa de 50 años. En 1960 éramos tres mil millones y ahora llegamos a más del doble de esta cifra. Sabemos que cuando cualquier especie orgánica se ve amenazada, su actividad sexual aumenta. Y buscando (usaré un término que no es políticamente correcto pero que ahora es evidente) *Lebensraum* (espacio vital), más miedo. La prueba experimental y psicológica se hace con ratones que, al ir incrementando su número dentro de una caja, se vuelven más agresivos y peligrosos. Algo así nos pasa a nosotros.

Como anotaba, acabamos de salir del peor siglo de todos. Un siglo en el que murieron soldados y población civil como nunca antes y donde la muerte llegó por el aire en forma de aviones con ametralladoras sincronizadas, bombarderos, helicópteros artillados, misiles mar-tierra y virus informáticos. Y

en el que los jinetes del Apocalipsis, la guerra, la peste, el hambre y la muerte campearon a sus anchas sembrando terror por todas partes.

En esta proliferación del miedo supimos de la guerra bacteriológica y de gases (Campos de Verдум, 1917), de los miles de muchachos que se pudrieron en las trincheras, del sinnúmero de lisiados que rondaron por Alemania en los años 20, pintados por Groz y Otto Dix, que se especializó en putas de puerto. Ante lo aterradora de la Primera Guerra Mundial, Franz Kafka crea una literatura en la que el individuo desaparece (ya no existe en tanto carece de historia y de nombre, es K) y solo se cuenta la situación que enfrenta. O sea que le pasan cosas sin saber por qué. Este modelo kafkiano, imitado por los medios de comunicación (que presentan una realidad fragmentada y sin antecedentes, como si los hechos se dieran por generación espontánea), son el caos de cada día. Noticias si causa ni efecto, solo hechos, confusión y ofertas de bebida y embellecimiento, estatus, inteligencia programada y mundos artificiales que crean un alto rating entre obesos, niños solos, mujeres desamparadas y gente con ganas de matar. Este mundo le habría gustado a Elías Canetti y a Kien, su personaje de *Auto de fe*, con el que pretendió iniciar la comedia humana de la locura. Y es claro que, al presentar solo situaciones repetitivas, los medios vulneran el derecho a la información, a la educación y a la formación de opinión alienando a los espectadores, que emiten juicios sin saber por qué y de manera emocional. O que se dejan desmoronar y con ellos caen las costumbres a cambio de ilusiones, como en los *Buddenbrook* de Thomas Mann. O en *Los sonámbulos* de Hermann Broch.

Miedo en la Segunda Guerra Mundial, que produce un concepto nuevo (y cada vez que aparece uno cambia el mundo): genocidio, imposible de juzgar porque no existe una pena que castigue este delito. En el genocidio, que es la exterminación de una etnia o grupo nacional (los judíos por ejemplo) los derechos se anulan, la condición humana se pierde y, como dice Hanna Arendt en *Eichmann en Jerusalén*, aparece la banalidad del mal, la imposibilidad de juzgarlo y de castigarlo. Y ese genocidio, que es juzgado en los nazis, es legal en el caso de las bombas atómicas lanzadas por los norteamericanos sobre Hiroshima y Nagasaki; es legal en el mundo de los gulags rusos. Y es olvidado en los exterminios que los japoneses llevan a cabo en China.

Miedo a partir de 1950, cuando aparece el concepto de consumismo, generando el sentimiento de pobreza que es peor que la pobreza. Ya no se trata de resolver necesidades básicas sino emocionales, creadas por la publicidad. Peter Singer lanza la pregunta: ¿vale la pena seguir trabajando? Porque no importa cuánto gane, me ofrecerán algo que no puedo comprar. Y al

excluirme de ese consumo, me sentiré pobre. Y aliadas a este consumismo vienen las prácticas del marketing (creado por Teodoro Levitt en 1960), cuyas técnicas de endeudamiento acaban de empobrecer a las gentes que, al dividir su salario en más obligaciones, se empobrecen en todas. Pero la consigna es vender a como de lugar. Máxima producción, máximo consumo, es la ley capitalista. Y para que esto se sostenga las fábricas producen buscando materias primas, trabajo barato y enrareciendo el aire. En 1961, un químico alemán lanza el concepto de medio ambiente en peligro. Y ya no solamente somos pobres sino que la tierra se está devorando a sí misma (o la estamos devorando nosotros) como una serpiente que se muerde la cola. Los medios de comunicación publicitan el proyecto Marte, que es la posibilidad de salir de la tierra, una ilusión nacida de la serie de novelas *Fundación*, de Isaac Asimov.

Y el miedo aumenta. En 1980, comienza a hacerse realidad el Big Brother de George Orwell: la informática ha nacido y con ella el ciberespacio en el que todos somos vigilados a través de bases de datos, violando el derecho a la intimidad y cayendo en listas de organismos secretos que se valdrán de nuestras navegaciones y correos para negociar con nosotros, igual que lo hizo la CIA con grandes intelectuales (Hanna Arend, Isaiah Berlin, etc.) en los días de la guerra fría. Nuestra intimidad es enemigo de lo público. Y paralelo a este Big Brother (narrado en la novela *1984*) aparece una nueva peste: el VIH, que convierte en enemigo el cuerpo del otro, pues ese cuerpo es sospechoso de una vida sexual anterior, desconocida, que puede poner en peligro mi vida. Esta enfermedad, que es políticamente correcta, en tanto que al temer al otro y usar preservativos no nace nadie y así se evita la explosión demográfica, pone de manifiesto a los creadores de angustias (que antes hablaban de las enfermedades que producía la masturbación), personas fanáticas que tratan de controlar la intimidad y para ello se valen de todo tipo de historias esperpénticas que insinúan la exclusión y el señalamiento. No es de extrañar que el Sida se haya situado entre los grupos homosexuales y en las comunidades negras de África.

Y hay más miedo en la creación de conceptos como globalización, que convierte a los países en vías de desarrollo en estados no competitivos y por lo tanto sujetos a la tecnología y movimientos de mercado de las supranacionales, que se llevan el trabajo a sitios donde es barato y crean un enorme desempleo en los países donde venden, acabando con un derecho primordial en el mundo de la economía: trabajar y ser productivo para el enriquecimiento de mi entorno. La globalización crea países muy pobres y muy ricos. Y muchos

pobres entre los ricos, como pasa ahora en Europa, lo que podrían llevar a lo que sea porque allí no hay fronteras interiores y entonces sobran muchos. Y si tenemos en cuenta que la tradición europea, tan rica en arte, ciencia y pensamiento, también es desmesurada en guerras, invasiones y exterminios...

Ya, iniciando el siglo XXI, aparece de nuevo el terrorismo internacional (de nuevo el enemigo es el Islam, como lo ha sido desde los tiempos de Carlo Magno y si se quiere más atrás, cuando los persas eran los enemigos de los griegos), que fomenta la noción del enemigo interno (en los Estados Unidos hay comunidades negras islámicas desde 1913) y de un enemigo externo que odia a Occidente. Las Torres Gemelas son la señal de que, acabada la Guerra Fría contra un comunismo que cayó en 1989, se inicia una guerra en caliente contra los países que tienen petróleo y pueden usar los petrodólares en la creación de armas nucleares. Esos países conforman el eje del mal, término usado por Bush Jr. para asustar a sus votantes, en su mayoría creyentes de apocalipsis. Y para cerrar esto del miedo, en 2008, aparecen las burbujas financieras y, publicitada por la prensa, nace una crisis económica mundial que hace temblar a los inversionistas y a los creadores de ilusiones de riqueza. Lo extraño de esta crisis supuestamente mundial es que no se quebraron los grandes bancos del oeste de USA, ni los británicos, ni los canadienses, ni los chinos, ni los de la India, ni los de Israel, etc. O sea que con la crisis se legitimó la mentira como arma de propaganda y expansión del miedo. Y la mentira es la ruptura de la confianza entre las gentes, lo que atenta contra un gran derecho: confiar en el otro.

Hablar entonces de los Derechos Humanos no es solo poner los ojos en desplazados, excluidos, explotación indebida de territorios, torturados y censuras de prensa. Hoy los defensores de los Derechos Humanos tienen que volver a humanizar a la gente (pues cada vez hay más hombres y más mujeres pero menos seres humanos), en hacerla racional, permitirle la belleza y el orden y, lo que es más importante, recuperar la verdad (así sea lo más verosímil) en una guerra frontal contra la mentira. Y no caer en la trampa de derechos sin deberes, porque el deber es el que construye con base en el derecho. Y solo sintiéndonos útiles somos más humanos. Y al ser más humanos nos hacemos preguntas, nos volvemos inteligentes buscando la respuesta y este pequeño hogar que es la Tierra (la única casa que tenemos) podrá albergar de nuevo a un hombre que no es animal sino humano.

Muchas gracias por haberme invitado como ponente de esta lección inaugural, pues nos oímos y al oírnos, ya somos lo que Elías Canetti llamó testigos oidores, gente que oye al otro y se confronta. Y que tiene claro que

está en lo posible que el otro tenga la razón. Oír, como lo decía Erich Fromm, nos ingresa en el nosotros. Y una conciencia clara del nosotros, que dónde estamos (y por ello sabemos geografía) y quiénes somos (lo que hace que nos interese en la historia) no solo nos sitúa en la tierra sino que nos crea un real concepto de patria, ese lugar donde defendiendo mis derechos porque en ellos me construyo.

Quisiera acabar con la definición de la palabra solidaridad, que antes que ayudarlo al otro significa devolverle su solidez. Y falta que nos hace. Creo que esta es la esencia de los derechos humanos: ser tan sólidos y tener raíces tan profundas, que ningún viento, por fuerte que sea, logre tumbarnos. Ser radical es tener raíces fuertes. Esta es otra palabra que deberíamos definir bien.